

siquiera si tenía ó no dinero—añadió con vacilación;—
arranqué de su cuello una bolsa al parecer repleta....
Pero no vi su contenido, porque no tuve tiempo.....
Cogí algunas alhajas: gemelos, cadenas de reloj.....
Estos objetos, con la bolsa, los enterré al siguiente día
bajo una piedra, en un patio que da á la perspectiva
V... Aún está todo allí.....

Sonia le escuchaba ávidamente.

—Pero, si matasteis para robar, ¿por qué no habéis
hecho uso de lo robado?—replicó ella, asiéndose á una
última y muy vaga esperanza.

—No sé..... todavía no he decidido si tomaré ó no
aquel dinero—respondió Rascolnikof, con la misma va-
cilación.

Luego sonrió, y:

—¡Qué necia historia te estoy contando! ¿eh?—dijo.

—¿Estará loco?—se preguntó Sonia.

Pero rechazó en seguida la idea.

—¡No, pero algo le sucede!

En conclusión, nada comprendía.

—¿Sabes lo que te digo, Sonia?—prosiguió Rascol-
nikof como inspirado.—Si sólo la necesidad me hubie-
ra conducido al asesinato, en la actualidad sería.....
“¡feliz!” ¡Puedes creerme! Pero ¿qué te importa el mo-
tivo, si hace un momento confesé que obré mal?—ex-
clamó, desesperado, un instante después.—¿A qué tan
necio triunfo sobre mí? ¡Ah, Sonia! ¿Para esto vine
á tu casa?

Todavía quería hablar, pero guardó silencio.

—Ayer te propuse que siguieras el mismo camino
que yo, porque á mí ya no me queda nadie en el mundo
sino tú.

—¿Y para qué me quieres contigo?—preguntó tími-
damente la joven.

—No para matar, ni para robar; está tranquila—
respondió Rascolnikof con caústica sonrisa.—No so-
mos personas de la misma índole..... ¿Sabes una co-
sa, Sonia? Hasta hace un momento no comprendía por
qué ayer te invité á venir conmigo. Cuando te hice tal
petición, no sabía su objeto. Lo sé ahora. Sólo tengo
un deseo: que no me abandones. ¿Me abandonarás,
Sonia?

Ella le estrechó la mano.

—¿Y por qué, por qué le he dicho esto? ¿Por qué
le he confesado esto?—exclamó, al cabo de un minuto.

Y miraba á la joven con infinita lástima, y su voz
expresaba la más profunda desesperación.

—Lo veo, Sonia; esperas de mí explicaciones; pero
¿qué te diría? ¡Nada comprenderías, y te afligiría más
aún! ¡Vaya, lloras y vuelves á abrazarme! ¿Por qué me
abrazas? ¿Porque, falto de valor para soportar mi car-
ga, la eché sobre otro? ¿Porque en el ajeno sufrimiento
busqué un alivio á mi pena? ¿Y tú puedes amar á un
hombre semejante, á un ser tan vil?

—Pero ¿acaso no sufres tú también?—exclamó So-
nia, que tuvo por un segundo un nuevo arranque de
sensibilidad.

—Sonia, tengo mal corazón. Piensa en esto, que te
puede explicar muchas cosas. Porque soy malo, vine.
Otros no lo hubieran hecho. Pero yo soy vil é... in-
fame. ¿Por qué vine? ¡Jamás me lo perdonaré!

—¡No, no! ¡Hiciste bien! ¡Es preferible que lo sepa
todo!

Rascolnikof la miró dolorosamente.

—Quise ser un héroe, un Napoleón: he aquí por qué maté. ¿Te explicas el hecho ahora?

—No—respondió sencillamente la joven.—Pero habla, habla. . . . ¡Comprenderé, comprenderé lo que me digas!

—¿Lo comprenderás? ¡Bueno! ¡Veamos!

Rascolnikof había recogido sus ideas.

—El hecho es que un día me hice esta pregunta: “Si Napoleón se hubiera hallado en mi situación; si, para comenzar su carrera, no hubiera contado con Tolon, ni con el Egipto ni con el paso del Mont-Blanc; si en lugar de todas estas hazañas hubiérase hallado en presencia de un crimen, de un asesinato que cometer para asegurar su porvenir, ¿le hubiera repugnado la idea de asesinar á una vieja y robarle tres mil rublos? ¿Se hubiera dicho que acción semejante era deshonorosa y demasiado. . . . criminal?” Mucho atormenté mi cerebro con esta pregunta, y no pude menos de experimentar un sentimiento de vergüenza cuando por fin reconocí que, no sólo Napoleón no habría vacilado, sino que ni aun hubiera comprendido la posibilidad de la duda. Viendo que no tenía otro remedio, no hubiera hecho el melindroso y habría ido adelante sin el menor escrúpulo. Desde aquel momento, ninguna razón había para que yo vacilara; ¡me amparaba en la autoridad de Napoleón!. . . . ¿Encuentras risible esto? Tienes razón, Sonia.

La joven no sentía ningún deseo de reír.

—Habladme francamente y sin rodeos. . . .—manifestó en voz aún más tímida y apenas distinta.

El joven se volvió hacia ella, la miró con tristeza y la estrechó las manos.

—¡Tienes razón, Sonia! Toda esta charla es absurda. . . . Mi madre, como tú sabes, está casi sin recursos. La casualidad permitió que mi hermana recibiera cierta educación; actualmente se halla condenada á servir de institutriz. Todas sus esperanzas se cifraron exclusivamente en mí, y empecé á estudiar en la Universidad; pero por falta de recursos, tuve que interrumpir mis estudios. Supongamos que los hubiera continuado. Poniéndose en lo mejor, hasta dentro de diez ó quince años no hubiera podido ganar nada. . . . (Parecía recitar una lección.) Pero de aquí á entonces, los cuidados y las penas hubieran minado la salud de mi madre; y en cuanto á mi hermana. . . . es probable que la hubiera ido peor. Privarse de todo, dejar á una madre en la miseria, sufrir el deshonor de una hermana. . . . ¿Es esto vida? Y todo, ¿para qué? Después de enterrar á los míos, hubiera podido fundar una nueva familia, ¡exponiéndome á que mi mujer y mis hijos murieran de hambre! Pues bien. . . . en tal situación, me dije que con el dinero de la vieja dejaría yo de ser una carga para mi madre, volvería á entrar en la Universidad y aseguraría mi porvenir. . . . ¡Y aquí lo tienes todo explicado! Fui culpable al matar á la prestamista. . . . pero. . . . ¡basta!

Rascolnikof parecía reñido.

—¡No es eso, no!—exclamó Sonia con voz dolorosa. ¡No es posible, hay otra cosa!

—¡Piensas que puede haber otra cosa! ¡Pues te he dicho la verdad!

—¡La verdad! ¡Oh Dios mío!

—Después de todo, Sonia, yo maté á un reptil repugnante, á un ser infame y malvado. . . .

—Pero ese ser malvado era un ser humano.

—Ya sé que no era realmente un reptil—agregó Rascolnikof, mirándola con extrañeza.—Pero lo que digo no tiene sentido común. Tienes razón, Sonia; no es eso. ¡Otros motivos fueron los que me obligaron á matar!... Pero hace mucho tiempo que no hablo con nadie, Sonia.... y esta conversación me ha producido un gran dolor de cabeza.

Sus ojos brillaban con resplandor febril. El delirio se había apoderado de él; una inquieta sonrisa vagaba por sus labios. Bajo su ficticia animación notábase un extremado cansancio.

Sonia comprendió que sufría mucho. Ella también empezaba á perder el juicio.

—¡Qué extraño lenguaje!—se decía.—¡Dar semejantes explicaciones como plausibles!

No podía comprender aquel misterio, y se retorció las manos en su desesperación.

—¡No, Sonia, no es eso!—prosiguió, levantando de pronto la cabeza.

Sus ideas habían tomado nuevo giro, y parecía haber ganado en vivacidad.

—¡No es eso! Figúrate que estoy lleno de amor propio; que soy envidioso, malo, vengativo, y además propenso á la locura. Antes te dije que me había visto obligado á dejar de ir á la Universidad. Pues bien, quizá hubiera podido seguir mis estudios. Mi madre habría pagado mis matriculas; con mi trabajo hubiera yo ganado lo preciso para comer y vestir, ¡y hubiera logrado lo que pensaba! Pero me hallaba exasperado, y no quise trabajar. ¡“Exasperado,” sí! Y entonces me encerré en mi habitación, como la araña en su tela. Co-

noces aquel tabuco, has estado en él..... ¿Sabes, Sonia, que el alma se ahoga en las habitaciones estrechas y bajas? ¡Oh, qué odio me inspiraba aquel cuchitril! Y sin embargo, no quería salir de él. Permanecía encerrado días enteros, siempre tendido, sin ganas de trabajar, sin cuidarme ni de comer.

—Si Nastuchka me trae algo—pensaba,—comeré. Si no, pasará sin comida.

Me hallaba demasiado irritado para pedir nada. Había renunciado al estudio y vendido todos mis libros; hay una pulgada de polvo sobre mis apuntes y mis cuadernos. No tenía luz para alumbrarme por la noche; para comprar bujías era preciso trabajar, ganar dinero, que era lo que yo no quería; prefería soñar en mi diván. Inútil decir cuáles eran mis sueños. Entonces comencé á pensar.... ¡Pero no, no es esto! ¡No refiero las cosas como son!.... Yo siempre me estaba preguntando: “Puesto que sabes que los demás son necios, ¿por qué no tratas de ser más inteligente que ellos?” Pronto reconocí, Sonia, que si se hubiera de esperar el momento en que todo el mundo fuese inteligente, sería necesario tener muchísima paciencia. Más tarde me convencí de que semejante momento nunca llegaría, nunca; los hombres jamás cambiarán, y se pierde el tiempo tratando de modificarlos. ¡Sí, así es! ¡Tal es su ley!.... Ahora sé, Sonia, que el amo, entre todos, es el que posee inteligencia superior. ¡El que se atreve á mucho, es el que para los demás tiene razón! ¡El que los desafía y los desprecia, les impone respeto! ¡Esto es lo que siempre se ha visto, lo que se verá siempre! Sería necesario estar ciego para no darse cuenta de ello.

Mientras hablaba, Rascolnikof miraba á Sonia, pero sin que le importase saber si le comprendía. Hallábase en camino de experimentar una sombría exaltación. Mucho tiempo hacía, efectivamente, que no había hablado con nadie.

La joven comprendió que aquel feroz catecismo era su fe y su ley.

Entonces me convencí, Sonia—continuó Rascolnikof, acalorándose cada vez más,—de que el poder sólo es concedido al que se atreve á inclinarse para tomarle. Todo está ahí: basta atreverse. Desde el día en que esta verdad se me reveló, clara como el sol, quise “atreverme,” y maté..... Sólo quise llevar á cabo un acto de audacia, Sonia. No fué otro el móvil de mi acción.

—¡Oh, callaos, callaos!—exclamó la joven, fuera de sí.—Os alejasteis de Dios, y Dios os castigó, os entregó al demonio.....

—A propósito, Sonia. Cuando todas aquellas ideas me asaltaban en la obscuridad del aposento, era que el diablo iba allí á tentarme, ¿verdad?

—¡Callaos! ¡No os burléis, impío! ¡Vos no comprendéis esto! ¡Oh Señor! ¡No lo comprenderá!

—Calla, Sonia; yo no me burlo de nada. Sé muy bien que el diablo me arrastró. ¡Calla, Sonia, calla!—replicó con insistencia.—¡Todo lo sé! Cuanto pudieras hoy decirme, ya me lo dije yo mismo mientras estaba echado en el diván, rodeado de tinieblas..... ¡Cuántas luchas interiores soporté! ¡Y cuán insufribles eran mis sueños, y cómo deseaba librarme de ellos para siempre! ¿Crees que fuí allá como un aturdido, como un desequilibrado? No; obré después de maduras reflexiones; esto fué lo que me perdió. ¿Piensas que me hice una ilu-

sión? Cuando me preguntaba si una criatura humana era un despreciable reptil, sabía que no me lo preguntaba por mí, sino por el audaz que no se hace esta pregunta y que obra sin atormentar su cerebro con tal duda..... Por último, el sólo hecho de plantearme este problema: “¿Napoleón hubiera matado á la vieja?” bastaba á probarme que yo no era un Napoleón... Finalmente, renuncié á buscar explicaciones sutiles; quise matar sin pensarlo, ¡matar por mí solo, por mí solo! Hasta en asunto como éste desdeñé fantasear con mi conciencia. Si maté, no lo hice para aliviar el infortunio de mi madre, ni para consagrar al bien de la humanidad el poder y la riqueza que, á mi entender, me ayudaría á conquistar aquel crimen. ¡No, no! Todo esto estaba lejos de mi espíritu! En el momento, sin duda que no me inquietaba saber si haría bien á alguien ó si toda mi vida sería un parásito social..... El dinero no fué para mí el principal móvil del asesinato; otra razón más me determinó á cometerle..... Ahora lo veo..... Compréndeme. Si de nuevo fuera dueño de hacer ó no hacer lo que hice, es probable que no lo hiciera. Pero entonces tenía prisa por saber si el ser humano era un gusano vil ó un hombre en la verdadera acepción de la palabra; si tenía ó no en mí la fuerza para franquear el obstáculo; si era una criatura cobarde, ó si tenía “derecho”.....

—¿Derecho á matar?—exclamó Sonia estupefacta.

—¡Sonia!—exclamó Rascolnikof con disgusto.

Una respuesta le vino entonces á los labios, pero se abstuvo desdeñosamente de formularla.

—¡No me interrumpas!—continuó.—Sólo una cosa quisiera demostrarte. El diablo me llevó á casa de la

vieja, y en seguida me probó que no tenía derecho á ir, desde el momento en que yo soy tan vil gusano como los demás. ¡El diablo se burló de mí! ¿Hubiera venido á verte, si no fuese un mal bicho? Escucha: cuando fui á casa de la vieja, mi propósito era hacer una “experiencia”. ¡Sabe esto!

—¡Y matasteis! ¡matasteis!

—Pero ¿cómo maté? ¿Se mata de tal modo? ¿Se obra como obré, cuando se va á matar? Cualquiera día sabrás todos los detalles. ¿Acaso maté yo á la vieja? ¡No, me maté á mí mismo, me perdí para siempre! En cuanto á la vieja, no yo, el diablo fué su asesino. ¡Basta, basta, Sonia; basta! ¡Déjame!—exclamó súbitamente, con voz desgarradora.—¡Déjame!

Rascolnikof apoyó los codos en las rodillas y oprimió su cabeza en las manos.

—¡Qué tormento!—gimió Sonia.

—Bueno, y ¿qué hacer ahora? Dímelo tú—preguntó él, levantando de pronto la cabeza.

Sus facciones estaban horriblemente demudadas.

—¡Qué hacer!—exclamó la joven.

Y avanzó hacia él. Sus ojos, hasta entonces llenos de lágrimas, brillaron de repente.

—¡Levántate!

Diciendo esto, asió á Rascolnikof por los hombros. El se incorporó y miró á Sonia con sorpresa.

—Ve en seguida, en este momento mismo, y prostérnate y besa el suelo que manchaste; di luego en voz alta á todo el mundo: “¡Yo he matado!” Y Dios te devolverá la vida. ¿Irás? ¿irás?—le preguntó, toda tem-

blorosa, estrechando sus manos cada vez con más fuerza y fijando en él sus ojos encendidos.

Aquella exaltación súbita de la joven sumió á Rascolnikof en estupor profundo.

—¿Luego quieres que vaya á presidio, Sonia? ¿Crees que debo denunciarme, verdad?—dijo con aire sombrío.

—Es preciso que aceptes la expiación y que por ella te redimas.

—No, no me denunciaré, Sonia.

—¿Y vivir? ¿Cómo vivirás?—replicó ella con energía.—¿Es posible esto ya? ¿Cómo podrás soportar la presencia de tu madre? (¡Oh! ¿qué será de ellas ahora?) Pero, ¿qué digo? ¡Ya la abandonaste, y también abandonas á tu hermana! Por eso rompiste las relaciones con tu familia. ¡Oh Dios mío!—exclamó.—¡El mismo comprende ya su situación! ¿Cómo, pues, vivir fuera de la sociedad? ¿Qué va á ser de ti?

—Sé razonable, Sonia—dijo dulcemente Rascolnikof.—¿Por qué he de ir á entregarme á la justicia? ¿Qué diría á aquellas gentes? Todo esto nada significa. Ellos degiellan miles de personas, y hacen un mérito. ¡Son malvados y viles, Sonia! ¡No iré! ¿Qué les diría? ¿Que cometí un asesinato, y que no atreviéndome á aprovecharme del dinero robado, lo oculté debajo de una piedra? Se burlarían de mí; dirían que soy un imbécil y un cobarde. Ellos, Sonia, no me comprenderían; son incapaces de comprenderme. ¿Por qué he de ir á entregarme? No iré. Sé razonable, Sonia.

—¡Llevar en el alma semejante peso! ¡Y toda la vida, toda la vida!

—Me acostumbraré á ello.....—respondió Rascolnikof con gesto feroz.—Escucha—prosiguió un instante después.—Basta de lágrimas. Hora es ya de hablar seriamente. Vine á decirte que en la actualidad se me busca, que se me quiere detener.....

—¡Ah!—dijo Sonia espantada.

—Pero, ¿qué te pasa? Puesto que tú misma quieres que vaya á presidio, ¿por qué te horrorizas? Sólo que aún no me tienen en su poder. Y nada conseguirán. No tienen indicios positivos. Todas las pruebas ofrecen dos interpretaciones opuestas; es decir, que los cargos contra mí pueden explicarse á favor de mi causa, ¿comprendes? Y que no me vería apurado para defenderme, porque en la actualidad he adquirido bastante experiencia..... Pero con seguridad que se me detendrá. A no mediar una circunstancia fortuita, es probable que hoy mismo me hubieran encarcelado, y aún estoy expuesto á ser detenido antes de la noche..... Mas no importa, Sonia; me detendrán, pero se verán obligados á excarcelarme, por lo que te he dicho. Basándose en suposiciones como las tuyas, es imposible condenar á nadie. Y basta. Sólo quería prevenirte..... En cuanto á mi madre y á mi hermana, me arreglaré de manera que no se inquieten. Parece que mi hermana está ahora al abrigo de la necesidad; puedo, pues, tranquilizarme en lo concerniente á mi familia..... Y he aquí cuanto pasa. Sé prudente. ¿Irás á visitarme cuando esté preso?

—¡Oh, sí, sí!

Estaban sentados uno junto á otro, tristes y abatidos como dos naufragos lanzados por la tempestad á una isla desierta. Mirando á aquella joven, Rascolnikof

comprendió cuánto ella le amaba. Y ¡cosa extraña! la inmensa ternura de que era objeto le causó súbitamente una impresión dolorosa. Había ido á casa de Sonia, repitiéndose que su solo refugio, su única esperanza estaban en ella; había cedido á una irresistible necesidad de confiar su pena; y cuando la joven le daba todo su corazón, reconocía que era infinitamente más desgraciado que antes.

—Sonia—dijo,—mejor es que no vayas á verme cuando esté detenido.

Sonia no respondió; lloraba. Pasaron algunos minutos.

—¿Llevas contigo una cruz?—preguntó de pronto, como asaltada por una idea repentina.

Al principio, Rascolnikof no comprendió la pregunta.

—¿No la tienes? Pues bien, toma ésta; es de madera de ciprés. Tengo otra de cobre, regalo de Isabel.... Toma, ésta es la mía—insistió.—Juntos iremos á la expiación, juntos llevaremos la cruz.

—¡Dámela!—dijo Rascolnikof, para no apenarla.

Y alargó la mano; pero casi en seguida la retiró.

—No, ahora no, Sonia. Más adelante será mejor—agregó, á modo de concesión.

—Sí, sí; más adelante—respondió ella con calor.—Te la daré cuando llegue el momento de la expiación. Ven drás á mi casa, te la pondré al cuello, rezaremos una oración y partiremos juntos.

En aquel instante, dos golpes resonaron en la puerta.

—Sofía Semenovna, ¿se puede entrar?—dijo una voz débil y muy conocida.

Llena de inquietud, Sonia corrió á abrir.
El visitante no era otro que el señor Lebeziatnikof.

V

Andrés Semenovitch tenía el rostro alterado.

—Vengo á buscaros, Sonia. Dispensadme.... Sabía que os hallaría aquí—dijo bruscamente á Rascolnikof.—No es que me imaginara nada malo.... no creáis.... pero justamente pensaba..... Catalina Ivanovna ha regresado á su habitación. Está loca—concluyó, dirigiéndose nuevamente á Sonia.

La joven lanzó un grito.

—Lo parece, al menos. Y no sabemos qué hacer.... La han arrojado del lugar adonde había ido.... probablemente habrá sido á palos..... Y ahora expone sus proyectos á todo el mundo, sin excluir á Amalia Ivanovna. Dice que, como no le queda ningún recurso, tocará un organillo por la calle; sus hijos cantarán, bailarán é implorarán la caridad de los transeúntes. Todos los días irá á pedir limosna bajo las ventanas de casa del jefe de Simón Zakharitch, que hoy no quiso escucharla..... “—Se verá—dice—cómo los hijos de una familia noble piden limosna por las calles.” Pega á todos sus hijos y les hace llorar. Enseña una canción á su hija mayor, y da lecciones de baile á los pequeños. Desgarra sus ropas para hacer trajes de saltimbanqui, y á falta de instrumento músico, quiere llevarse una cuba á guisa de tambor..... ¡No tolera

ninguna observación!..... ¡No podéis imaginaros aquello!

Lebeziatnikof hubiera hablado mucho; pero Sonia, que le escuchaba casi sin respirar, tomó de pronto el sombrero y la mantilla y se lanzó fuera de la habitación. Conforme andaba, se iba vistiendo.

Los jóvenes la siguieron.

—Está completamente loca—dijo Andrés á Rascolnikof.—He dicho que lo parecía para no asustar á Sonia; pero no cabe duda. Parece que en el cerebro de los tísicos se forman tubérculos. ¡Lástima que yo no sepa medicina! Por otra parte, ya intenté aplacarla; pero Catalina Ivanovna no escucha á nadie.

—¿La hablasteis de los tubérculos?

—No; precisamente de los tubérculos, no. No me hubiera entendido. Pero lo que yo pienso es esto: si, con ayuda de la lógica, se puede persuadir á cualquiera de que no debe llorar, no llorará..... Esto es claro. ¿Por qué, pues, á vuestro juicio, ha de seguir llorando?

—Si eso fuera así, la vida sería demasiado fácil—respondió Rascolnikof.

Al llegar ante su casa, saludó á Lebeziatnikof y dirigióse hacia su aposento.

Cuando se halló en él, Rascolnikof se preguntó por qué había regresado.

Se acercó á la ventana, se asomó á ella y vió..... lo que cien mil veces más había visto.

Abandonó su puesto de observación y se sentó sobre el diván.

¡Nunca había experimentado tan terrible sensación de aislamiento!